



LOS UNIVERSOS DEL LENGUAJE: EL ROL DE LAS CONVERSACIONES EN LA CONSTRUCCIÓN DE REPRESENTACIONES SOCIALES

UNIVERSES OF LANGUAGE: THE ROLE OF CONVERSATIONS IN THE CONSTRUCTION OF SOCIAL REPRESENTATIONS

UNIVERS DE LANGAGE : LE RÔLE DES CONVERSATIONS DANS LA CONSTRUCTION DES REPRÉSENTATIONS SOCIALES

Juan Martín Molinari¹

Resumen

El propósito de este trabajo es explorar la construcción de las representaciones sociales desde la perspectiva conversacional. Se exploran los conceptos de universo consensual y universo reificado, y se describen los tipos de interacción social. Se propone un análisis del poder, las dinámicas de conflicto entre grupos sociales y la producción de estructuras discursivas diferenciadas. Por último, se argumenta que la polifasia cognitiva no puede interpretarse en términos de los universos, porque la cultura se caracteriza por una situación de heteroglosia en la que las representaciones remiten a múltiples mundos de la vida. Este artículo contribuye a la comprensión de la construcción de representaciones como un proceso dialéctico, en el que la oposición, la dualidad y el conflicto juegan un papel, y en el que la heterogeneidad de géneros discursivos refleja la diversidad de los espacios vitales de la existencia social.

Palabras clave: representaciones sociales; universo consensual; universo reificado; heteroglosia; conversaciones

Abstract

The objective of this article is to examine the formation of social representations from a conversational perspective. It delves into the description of consensual and reified universes, along with the characterization of various types of social interactions. The analysis includes an exploration of power dynamics, encompassing conflicts between social groups and the presence of distinct discursive structures. Furthermore, the argument is made that cognitive polyphasia cannot be interpreted solely within the framework of universes, as culture is inherently characterized by a heteroglossic environment. Within this context, social representations point towards multiple life worlds. The key contribution of this article lies in its interpretation of the construction of social representations as a dialogical process. It underscores the significance of conflict and opposition, while also highlighting how the diversity of discursive genres reflects the multitude of social existence realms.

Keywords: social representations; consensual universe; reified universe; heteroglossia; conversations

Resumo

O objetivo deste artigo é explorar a construção de representações sociais a partir de uma perspectiva de conversação. Os conceitos de universo consensual e universo reificado são explorados, e os tipos de interação social são descritos. Propõe-se uma

análise do poder, da dinâmica de conflitos entre grupos sociais e da produção de estruturas discursivas diferenciadas. Por fim, argumenta-se que a polifasia cognitiva não pode ser interpretada em termos de universos, porque a cultura é caracterizada por uma situação de heteroglossia em que as representações se referem a múltiplos mundos da vida. Este artigo contribui para a compreensão da construção de representações como um processo dialético, no qual a oposição, a dualidade e o conflito desempenham um papel, e no qual a heterogeneidade dos gêneros discursivos reflete a diversidade dos espaços vivos da existência social.

Palavras-chave: representações sociais; universo consensual; universo reificado; heteroglossia; conversas

Recepción: 16/04/2024

Evaluado: 30/04/2024

Aceptación: 23/05/2024

Introducción

Las representaciones sociales han sido definidas como un tipo de conocimiento “de sentido común” (Abric, 2001; Jodelet, 1986; Moscovici, 1981, 1998), ligado –por un lado- al ascendiente que la ciencia posee en la sociedad actual y –por el otro- a las elaboraciones que los grupos sociales hacen del saber científico por medio de las “conversaciones” (Moscovici y Markova, 2000; Studer, 2013). Desde este punto de vista, una representación social –lejos de ser una “cosa” (Howarth, 2006)- es un proceso dinámico, abierto, fluente e inacabable de construcción de saberes a partir de otros saberes. En este proceso, lo lingüístico – conversacional está profundamente implicado, porque –para “hacer familiar el mundo” (Moscovici, 1984)- las comunidades hablan, y en el habla toman cuerpo esas versiones de la realidad que son las representaciones. Los teóricos han prestado atención al hecho de que la sociedad contemporánea se caracteriza –entre otros muchos rasgos- por la pluralidad de saberes, que establecen entre sí relaciones de continuidad o ruptura, de simetría o asimetría; algunos han caracterizado este fenómeno como “polifasia cognitiva” (Jovchelovitch, 2019; Moscovici, 1976; Provencher, Arthi y Wagner, 2012; Wagner, 1998). De todos modos, en el concierto actual de conocimientos que campean en el territorio cultural, el saber científico ocupa –o suele ocupar- un lugar de *primus inter pares*, influyendo en gran medida la agenda temática de los grupos sociales, direccionando la intervención de los *mass media*, e inficionando las concepciones del mundo en amplias capas de la sociedad. Por eso, algunos pensadores han calificado a la ciencia como una “autoridad” de la sociedad contemporánea, a la par de la libertad (Manent, 2003). Afirma Moscovici: “Hoy, el sentido común es ciencia puesta en común” (Moscovici, 1984, p. 29). Sin embargo, con toda la autoridad que el saber científico pudiera reclamar para sí en las sociedades actuales, aún así es sometido al escrutinio de los distintos grupos sociales en el curso del debate público, y de ese modo se hace objeto de las transformaciones que son propias del proceso dialéctico de “tematización” (Markova, 2003a). Deviene, así, saber de sentido común. La exposición de todo ello estaría incompleta si se dejara afuera la cuestión del poder relativo de quienes intervienen; con toda probabilidad, los conflictos en el terreno del conocimiento y el lenguaje son el reflejo o la expresión del modo en que el poder está distribuido en una sociedad. Esas conversaciones que tienen lugar en el espacio público no acaecen en un plano ideal de abstracción, sino en el contexto material de una comunidad concreta, atravesada por determinaciones históricas. El plano de los intereses debería, parece, atravesar estos escenarios de discusión. Si todo esto es cierto,

el campo de la construcción de las representaciones es uno tipificado por la dialéctica y la oposición: se enfrentan, aquí, no sólo saberes y lenguajes, sino también grupos sociales. Por otro lado, en el “hacer familiar el mundo” que es típico de las representaciones, la familiaridad se materializa –esperamos poder mostrarlo- cuando el lenguaje nos permite definir algo como “mundo”. En este artículo queremos explorar este aspecto –poco visitado- de las representaciones. Nos interesará enfocar la cuestión de su construcción desde la perspectiva de lo conversacional: ¿cómo es la “fábrica de las representaciones sociales” que depende del lenguaje y las conversaciones? Nuestra indagación tomará como referencias conceptuales a la teoría de las representaciones, la fenomenología husserliana y el enfoque dialógico. En primer lugar revisaremos las configuraciones sociales, pero también lingüísticas, que integran la dialéctica que fundamenta la construcción de las representaciones: los universos consensual y reificado –esos “tipos ideales” (Batel y Castro, 2009) comunicacionales. En segundo lugar, describiremos cómo es que la realidad del poder atraviesa estos universos, condicionando dinámicas de conflicto entre los grupos y produciendo estructuras discursivas bien diferenciadas. En tercer lugar, y por último, argumentaremos que la polifasia cognitiva que es característica de la sociedad contemporánea no podría interpretarse exclusivamente en términos de los universos (consensual o reificado), porque la cultura actual se caracteriza más bien por una situación de heteroglosia en la que las distintas representaciones remiten a múltiples “mundos de la vida” (Husserl [1936] 2008).

Universo consensual y universo reificado

Algunos autores han planteado que la polifasia cognitiva –esa situación en la que múltiples saberes conviven en el mismo espacio social- caracteriza nuestra época, en la que el pensamiento científico parece ser tan influyente. Como señalan Provencher, Arthi y Wagner: “la polifasia cognitiva emerge como un rasgo de la construcción de sentido de la condición moderna” (Provencher, Arthi y Wagner; 2012: 9). Pero toda vez que la polifasia es un aspecto del proceso de construcción de las representaciones sociales, parecería que éstas quedan de algún modo ligadas a lo que en términos materiales e ideales ocurre en una determinada época histórica. Hasta Serge Moscovici parece aceptar este extremo, cuando se refiere a la “era” de las representaciones sociales (Moscovici, 1982), y no sería extraño que así fuera en un intelectual al que no se le escapa la consideración del complejo problema de las relaciones entre las formas particulares de pensamiento y las épocas históricas. Sin embargo, es posible ir más allá de estas intuiciones, y conjeturar que la aparición de representaciones sociales no obedece exclusivamente a criterios epocales. En otras palabras: las representaciones no son un hecho exclusivo de la época moderna, ni surgen de modo excluyente del comercio entre el conocimiento de sentido común y el conocimiento científico. Aclarar este punto requiere que nos detengamos en la profunda relación que existe entre las representaciones sociales y el lenguaje.

El hecho más básico al que debemos prestar atención por su carácter fundamental es el de que las representaciones sociales se forman en el curso de conversaciones. La gente se comunica, y el hablar es la actividad central de la comunicación. Nada es más evidente en la vida social que el hecho de que ésta toma forma en el curso de conversaciones:

En las calles, en los cafés, las oficinas, los hospitales, laboratorios, etcétera, la gente analiza, comenta, trama “filosofías” espontáneas y no oficiales, que tienen un

decisivo impacto en sus relaciones sociales, sus elecciones, el modo en que educan a sus hijos... (comillas del autor) (Moscovici, 1984, p. 16)

Pero comunicarse no es sólo transferir información -como el esquema clásico (y simplista) del emisor y el receptor quiere dar a entender-, sino también dar forma a los propios pensamientos en el contexto (conversacional) de la expresión de los pensamientos de uno mismo y de los otros. De aquí que la realidad social no aparezca de modo pasivo y estático, como utilería o escenario previo a la interacción, sino de modo dinámico y fluido, como resultado novedoso de ella. Esto implica que los sujetos se transforman en medida de las cosas (Moscovici, 1984), porque son ellos quienes les atribuyen significado. Esta circunstancia es característica del universo consensual –es decir, un universo en el que el significado depende de procesos sociales que se desarrollan en un plano de igualdad. Aquí, el significado no es algo fijo o invariable, porque fluctúa en razón de los procesos de negociación a los que va ligado. Este universo consensual es, sin duda, un “mundo de la vida”, pero no podría decirse que fuera el único. En efecto, la interacción humana también se desarrolla en universos en los que el significado, en vez de fluctuar, tiende a ser estable, rígido, inmóvil. Estos también son mundos de la vida, pero por su naturaleza convendría denominarlos universos reificados. En ellos, las cosas son medida del sujeto. La distinción entre universos consensuales y reificados es de cuño moscoviciano (Moscovici, 1984, 1987, 1988, 2000), y ha suscitado una interesante discusión en el campo de las representaciones. Lo primero que podría decirse es que los universos consensual y reificado son “lugares desde los que hablamos”, como plantea Silva Souza (2020).

El hecho más básico al que debemos prestar atención es el de que las representaciones sociales se forman en el curso de conversaciones. Como sostiene Ivana Marková: “La conversación es otro sistema de comunicación simbólica que genera representaciones sociales, y que al mismo tiempo está integrado dentro de un sistema de representaciones que le dan forma” (Marková, 2000, p. 451). Esto coloca al lenguaje en una posición de relevancia para comprender el mecanismo de formación de las representaciones, que son “la realidad en la que vivimos” (Silva Souza, 2020). En efecto: nuestro mundo es un mundo de lenguaje, un “mundo hablado” (Montero, 1994, p. 40), el mundo de la vida “es idéntico al expresable en el lenguaje en general” (Husserl [1936] 2008, p. 249). Ahora bien: no es menos cierto que siempre se habla desde algún lugar. Ineludiblemente, todo discurso estará marcado por reglas de elaboración, propósitos, marcos de interpretación, expectativas, intencionalidades, aparatos ideológicos, estructuras de sociabilidad. Estos elementos, y otros más, son los que conforman los lugares de enunciación. Pero ¿cuál es la naturaleza de estos factores, y cuál su anclaje histórico? En la teoría de las representaciones sociales, Moscovici ha señalado que, sobre la base de la separación entre lo sacro y lo profano, la era moderna ha edificado otra separación, que sustituye la anterior, y que es más acorde a su carácter secular: la separación entre los que hablan con autoridad y los que hablan sin ella. En otras palabras: la Modernidad ha sido capaz de aportar esquemas de legitimación de discursos, mediante los cuales algunos de ellos pueden esgrimir pretensiones de verdad fundadas en la autoridad, mientras que otros no. Ya no se trata, en nuestra sociedad de hoy, de ponderar el grado en que la(s) divinidad(es) respalda(n) la producción discursiva, sino de establecer quién o quiénes han recibido la autorización de la sociedad para hablar (Silva Souza, 2020). La distinción entre universo consensual y universo reificado tiene, precisamente, este origen. En un universo consensual,

...la sociedad es vista como un grupo de individuos que son libres e iguales, cada uno de ellos autorizado a hablar en el nombre del grupo y bajo su amparo. Así, se asume que ningún miembro posee competencia exclusiva, sino que cada uno puede adquirir la competencia requerida por las circunstancias. En este respecto, cada uno actúa como un “amateur” responsable (...) En muchos lugares públicos de encuentro, estos políticos amateurs, doctores, educadores, sociólogos, astrónomos, etcétera, pueden ser encontrados expresando sus opiniones, divulgando sus perspectivas y estableciendo las leyes (comillas del autor). (Moscovici, 1984, p. 21)

La imagen que viene a la mente al leer este fragmento del sabio rumano es la de la conversación que se entabla “en el mercado, en el café” (Moscovici, 1987, p. 516): ese tipo de conversación en que los participantes parecen tener la clave para solucionar los problemas del mundo, o en la que todos parecen versados en economía, en política, en biología, en historia. Es que hay, en nosotros, una verdadera necesidad de “pensar en voz alta” (Moscovici, 1984, p. 21). Para Serge Moscovici, el café o el mercado de la actualidad es el equivalente de los salones y las tertulias de antaño. Las conversaciones crean una “comunidad de significados” (Moscovici, 1984, p. 21) entre los participantes; no interesa, en el universo consensual, la búsqueda de la coherencia, la precisión o la lógica, sino la construcción de significados comunes (Silva Souza, 2020). Diríamos que en el universo consensual el significado está desregulado y descentralizado, toda vez que los participantes están en un pie de igualdad –son individuos “libres e iguales” (Moscovici, 1984, p. 21)- para pronunciarse sobre las cuestiones que los ocupan en la vida cotidiana. En este “reino del nosotros” (Silva Souza, 2020), el significado es dinámico y variable, porque brota de una negociación que no tiene fin. Pero no ocurre del mismo modo en el universo reificado. En él, la sociedad es vista como “un sistema de entidades sólidas, básicas e invariantes, indiferentes a la individualidad y carentes de identidad”,

...un sistema de diferentes roles y clases cuyos miembros son desiguales. Sólo la competencia adquirida determina su grado de participación de acuerdo al mérito, su derecho de actuar “como médico”, “como psicólogo”, “como sindicalista”, o de abstenerse, toda vez que “no posea competencia en la materia” (...) De aquí la coacción que experimentamos, y el sentimiento de que no podemos evitarla a voluntad. Hay una conducta adecuada para cada circunstancia, una fórmula lingüística para cada confrontación, y –no hace falta decirlo- la información apropiada para el contexto dado (comillas del autor) (Moscovici, 1984, p. 22)

Se ve a las claras que no se trata, en este caso, de las conversaciones de café que caracterizan el universo consensual. En el universo reificado –este reino del “ellos”- no interesa tanto construir significados como dictaminar las que luego serán tenidas por verdades impersonales. Por ello, los participantes de este universo no son ni libres ni iguales, sino que se encuentran estratificados conforme a una jerarquía, en función del grado de competencia o autoridad que puedan alegar, dentro de un campo, en el tratamiento de una materia. Así, el significado no está sujeto a debate –no es variable-, sino que forma parte de esquemas precisos que facilitan la formalización, la homogeneización y la operacionalización: aquí, “no hay varias interpretaciones posibles, sino más bien un solo significado posible de un concepto” (Bangerter, 1995, p. 4). Es un mundo de profesionales especializados, de *insiders* de un tipo de conocimiento, de titulados académicos, de baqueanos de un conjunto de técnicas, de expertos conocedores de una estructura burocrática (o administrativa, militar, eclesial, etcétera).

En síntesis: es un mundo de quienes no hablan como iguales, sino como autoridades que se han legitimado a través del cumplimiento de diferentes procesos normativos (obtención de cucardas, galardones o grados académicos, promoción en escalafones o jerarquías, participación en liturgias y rituales de pasaje, etcétera). ¿Quiénes habitan este mundo? No los ciudadanos del común, naturalmente, sino “científicos, médicos, políticos o sacerdotes” (Moscovici, 1988, p. 220) -y, por supuesto, un larguísimo etcétera de autoridades que vemos constituidas en distintos ámbitos institucionales. Llegados a este punto, parecería evidente que “el universo consensual corresponde al mundo de las representaciones sociales, mientras que el universo reificado corresponde al mundo de la ciencia” (Bangerter, 1995, p. 4), y podríamos estar de acuerdo con esta conclusión, siempre que tuviéramos en cuenta algunas salvedades. Primero, y por definición, no podríamos plantear una división tajante entre representaciones y ciencia: diríamos que ésta es una de las fuentes de inspiración de aquéllas. Y por lo mismo, tampoco estaríamos en condiciones de sostener una oposición terminante entre los dos universos, como -por ejemplo- la fórmula Purkhardt (2015). Segundo, si no están separados, los universos tampoco son excluyentes: hay matices y claroscuros, y nadie habita exclusivamente en uno de ellos. Un científico cualquiera, por caso, habita la mayor parte de su día en el universo consensual. Y, especialmente importante, tercero: el universo reificado no podría identificarse exclusivamente con la ciencia. Es más amplio, porque comprende todos aquellos sistemas que pretenden inmovilizar el significado a través de la producción de univocidad (hay predominio de la denotación por sobre la connotación). Un ejemplo es, por supuesto, la ciencia, pero también “la ortodoxia religiosa, la ideología política (...) y todos esos cuerpos de conocimiento que imponen un entendimiento inequívoco de sus conceptos a quienes los utilizan” (Bangerter, 1995, p. 4). Por eso, hay una implementación del lenguaje que es típica, y así, podríamos decir que, si las conversaciones caracterizan el universo consensual, lo característico del universo reificado son los monólogos. Ello, por supuesto, no resultaría írrito de su carácter de mundo de la vida.

El poder y los universos del lenguaje

Volvamos, entonces, un poco atrás, y recordemos nuestro punto de partida: decíamos acerca de la importancia de las conversaciones para la construcción de representaciones sociales, y la subsiguiente importancia de considerar el lenguaje para la comprensión de todo el proceso. Las personas hablan, y de esta manera dan forma a las representaciones que constituyen su mundo de la vida, pero ¿desde qué lugar hablan las personas cuando hablan? Los dos universos postulados por Serge Moscovici son una respuesta a esta pregunta. Y ¿cuál es la diferencia entre los dos universos? No la propiedad de un tipo de conocimiento especial (*v. g.*, conocimiento de sentido común *versus* conocimiento científico), sino el tipo de procesos (sociales, lingüísticos) que se establecen en cada uno de ellos, y que hacen que el significado fluctúe de modo dinámico en un caso o se esclerose en el otro. Y así como hay, en el universo consensual, posicionamientos subjetivos (los individuos “libres e iguales”) y estructuras de interacción social más o menos institucionalizadas (el café, la tertulia, la familia, las redes sociales...) implicados en la producción de lo que podríamos llamar “discurso consensual”, del mismo modo hay posicionamientos subjetivos (individuos organizados de acuerdo a jerarquías) e instituciones (la Iglesia, el ejército, las burocracias, los centros de investigación científica...) que participan de la producción del “discurso reificado”. Porque estos universos

...son espacios objetivo – subjetivos en los cuales nosotros (individuos en la Modernidad) habitamos, y desde los cuales “hablamos” (“nos expresamos”, en un sentido lato). Pueden también ser descritos como dos maneras de construir y entender la realidad, que difieren de acuerdo a la fuente de validación del conocimiento, *i. e.*, autoridades o pensamiento lego. Estos universos organizan las posiciones subjetivas de los individuos y grupos y las posiciones objetivas de los contextos, instituciones y sociedades (comillas del autor) (Silva Souza, 2020, p. 11.6)

Hay, en todo esto, una realidad conflictiva que salta a la vista. En efecto: el hecho de que los universos no sean, desde el punto de vista conceptual, excluyentes u opuestos, no implica que, en su dinámica de interacción concreta, no choquen de un modo real y palpable. Y cuando lo hacen, generan, en la existencia particular de los individuos y las comunidades, efectos de exclusión, de opresión o de coacción. ¿No son las diferencias entre los universos, sustentadas en última instancia en el *quantum* de autoridad que detentan sus participantes, uno de los semblantes que adopta el ejercicio del poder en la existencia de nuestras sociedades? ¿No es la autorización -o la desautorización- de un lenguaje un signo elocuente del peso que el poder adquiere cuando se despliega en ciertos contextos institucionales? Ciertamente, ambos universos contribuyen simultáneamente a dar forma a la realidad social, pero “cuando hablamos de la alienación del hombre, o de los abusos de la burocracia, tenemos en mente a un universo reificado que confronta a un ser humano que habita un universo consensual” (Moscovici, 1988, p. 233). De modo que podríamos suponer, razonablemente, que la realidad del poder está estrechamente relacionada con el modo en el cual el lenguaje moldea la realidad social y las representaciones que la conforman. Así lo asumen, por ejemplo, Batel y Castro, quienes ven en los universos consensual y reificado “tipos ideales” comunicativos que implican distintas clases de enunciados, argumentos, y formas discursivas que determinan posiciones de poder, por medio de las cuales

...la elección de los argumentos de *reificación* está usualmente asociada con la acción estratégica usada para desplazar la representación y el conocimiento de otros, y tiene consecuencias monológicas, mientras que el uso de argumentos de *consensualización* tiene un más claro potencial para lograr entendimientos dialógicos (bastardillas de los autores) (Batel y Castro, 2009, p. 8)

En otras palabras: hemos nacido en un mundo de lenguaje, y el mundo de la vida es, ciertamente, un “mundo hablado” (Montero, 1994, p. 40), pero en cuanto al modo en que la realidad del lenguaje se presenta en el contexto de las relaciones de autoridad y las estructuras de poder, el lenguaje no es un objeto homogéneo. Los vínculos del poder con el lenguaje se actualizan, entre otras cosas, en las “acción[es] estratégica[s] usada[s] para desplazar la representación y el conocimiento de otros” (Batel y Castro, 2009, p. 8), en el potencial para la construcción de discursos monológicos, y en el esclerosamiento del significado: rasgos todos, ellos, que convienen al universo reificado. Tenemos, pues, esbozados, dos problemas: el de las relaciones entre poder y lenguaje, y el de los tipos o géneros de lenguaje.

Respecto del primer problema –tan vasto que resulta imposible desarrollarlo aquí en toda su amplitud- queremos destacar sólo un aspecto, que es el siguiente. Es cierto que el poder se ejerce, como dijo Foucault, sobre los cuerpos (Foucault, 2002), pero podríamos conjeturar que también pretende enseñorearse del lenguaje. O, mejor: el poder se ejercería sobre los cuerpos si primero ha podido proyectarse con eficacia sobre el lenguaje. Esto es válido para las relaciones sociales en las que la autoridad para hablar juega un relevante papel en la determinación de las posiciones discursivas: vale

para las burocracias, que producen un lenguaje formal y regimentado; vale para los gobiernos totalitarios, que auspician una lengua salpicada de repeticiones machaconas y pueriles; vale para la medicina, que genera un lenguaje especializado y excluyente; vale para las jerarquías que se tienen por sacras, que medran a través del cultivo de martingalas teológicas y argots canónicos. Estamos, aquí, de lleno, en el campo de lo monológico, una dimensión en la que Ego desconoce a Alter (y ello, aun cuando el plano explícito del discurso coloque en un primer plano un supuesto reconocimiento o rescate de la otredad). Es como si el poder quisiese sojuzgar al lenguaje, uniformarlo, usarlo como herramienta de su provecho, y tornarlo materia maleable para sus propósitos. Y esto, aún al precio de transformarlo, ora en una pura forma vacía, sin significado y momificada, ora en un arcano de especialistas, ora en una rígida herramienta clasificatoria. Veamos ejemplos. Victor Klemperer, un filólogo judío al que tocó sufrir la persecución nazi, dedicó un libro entero al análisis de lo que el poder totalitario puede hacer con una lengua. En efecto: los nazis convirtieron al alemán en un instrumento de propaganda, corrompiéndolo entretanto, y transfigurándolo en una totalidad “sumamente miserable” (Klemperer, 2001, p. 29). Señala Klemperer que, luego del acceso de los nazis al poder en 1933, la *Lingua Tertii Imperii* (LTI por sus siglas) –así denomina nuestro autor al alemán perpetrado por la dictadura nacionalsocialista– se apoderó de todos los ámbitos públicos y privados, “de la política, de la jurisprudencia, de la economía, del arte, de la ciencia, de la escuela, del deporte, de la familia, de los jardines de infancia y de las habitaciones de los niños” (Klemperer, 2001, p. 37). Klemperer insiste mucho en el empobrecimiento del idioma alemán que deriva de la “fijación” de la LTI “en la carne y en la sangre de las masas” (Klemperer, 2001, p. 31) a través de la propaganda y el monólogo constante. En efecto: un sistema totalitario requiere de un lenguaje de “no - comunicación”, un lenguaje “no - dialógico” (Marková, 2003, p. 99). El universo lingüístico de la LTI es un universo reificado, en que “la absoluta uniformidad del lenguaje escrito explicaba también la homogeneidad del lenguaje hablado” (Klemperer, 2001, p. 27).

Por supuesto, el agostamiento de las potencialidades de producción del sentido de un lenguaje, cuando corre asociado a su instrumentalización por parte del poder (político, burocrático, religioso...), no tiene signo ideológico. Quizás ningún autor ha reparado en los vínculos entre el poder totalitario, las burocracias y el lenguaje tanto como el checo Vaclav Havel. En el drama “El memorandum” (Blackwell, 1967) un nuevo idioma, el *Ptydepe*, es introducido en el uso administrativo: el *Ptydepe* pretende neutralizar la deriva semántica del lenguaje cotidiano maximizando las diferencias entre palabras, de modo que el significado de una de ellas no pueda ser confundido con el significado de otra (de acuerdo con esta idea, en el estafalario *Ptydepe* son imposibles las metáforas, o la misma poesía). En la pieza “Una fiesta en el jardín” (Trensky, 1969), el protagonista se transforma en un poderoso administrador cuando logra dominar las minucias del lenguaje burocrático, pero esta misma pericia ocasiona que termine olvidándose hasta de su propia identidad. Sin embargo, es en el ensayo “El poder de los sin poder” el lugar en el que Havel narra un caso real de instrumentalización del lenguaje por parte de un gobierno totalitario. Se trata de una verdulería en la Checoslovaquia del período de la “normalización” posterior a la invasión soviética de 1968. Esta verdulería exhibía, “entre las cebollas y las zanahorias” (Havel, [1978] 2013, p. 26) un cartel con la leyenda: “¡Proletarios del mundo, uníos!”. Llamaría la atención encontrar, el día de hoy, un local de venta de alimentos al menudeo adornado con sentencias de uno de los filósofos más ilustres del siglo XIX. Pero en ese tiempo no resultaba para nada extraño. ¿Es que el propietario de aquel negocio cultivaba el estudio del materialismo histórico hasta el

extremo de querer compartir sus soflamas con el público en general? ¿Qué motivación podía llevar a un tendero praguense a exponer a los transeúntes una frase del Manifiesto Comunista? Dice Havel:

Es la administración la que entrega a nuestro tendero el slogan, junto con las cebollas y las zanahorias, y él lo pone en el escaparate porque así lo hace desde hace años, porque lo hacen todos y porque así tiene que ser. Si no lo hiciera podría tener un disgusto; podrían acusarle de no poner el “adorno”, incluso alguien podría acusarle de falta de lealtad. Lo ha hecho porque este gesto entra en la norma de salir adelante; porque es una de las mil “naderías” que le aseguran una vida relativamente tranquila “en consonancia con la sociedad” (comillas del autor) (Havel [1978] 2013, p. 26).

¿Se trata, el cartel, entonces, de un *shibboleth*? Para Havel, es evidente que sí. Pero no es sólo eso. Es, como en el ejemplo de la LTI, un testimonio de los efectos que el poder totalitario puede ejercer sobre la lengua. El letrero está lejos de querer comunicar lo que significa el clásico *slogan* “¡Proletarios del mundo...!”. Más que su significado semántico (que en este caso es irrelevante respecto de lo que el verdulero o los transeúntes realmente piensan o creen), expresa el significado de una acción: exhibir el cartel “comunica la obediencia del tendero a la ideología del régimen político dominante” (Marková, 2003, p. 109). En el universo reificado se distorsiona el significado de las palabras, y se generan efectos que son, al mismo tiempo, causas y consecuencias del poder. Por eso podía decir Humpty – Dumpty a Alicia: “Cuando yo uso una palabra (...) quiere decir lo que yo quiero que diga... ni más ni menos” (Carroll [1871] 2015, p. 88).

Un régimen marxista haciendo que los dichos de Marx extravíen su sentido original puede parecer demasiado, pero un similar vaciamiento del significado del lenguaje también podría encontrarse en las intrincadas burocracias de los actuales Estados democráticos. Un ejemplo sugerente aparece en el trabajo de Taghd Purtill, “Distopía en el desierto” (Purtill, 2017). Luego de dos años y medio de trabajo de campo como oficial de programas orientados a la población aborigen de la región de Ngaanyatjarra (en el desértico centro – oeste de Australia), Purtill redactó lo que podría considerarse una etnografía organizacional. Su tema es el estudio de la cultura emergente que nace del “extraño encuentro entre la cultura aborigen y la cultura de la gente blanca [*whitefella* (término usado por los originarios para referirse a los caucásicos)]” (Purtill, 2017, p. xi). Pero la cultura de la “gente blanca” incluye, en este caso, el profuso aparato administrativo (a nivel federal, estatal y local) que se encarga del diseño, implementación y evaluación de los programas de fortalecimiento comunitario. Si esta burocracia quiere regimentar las acciones que se llevan a cabo en el terreno, necesita, antes que nada, acondicionar un lenguaje y servirse de él. Sería razonable esperar que ese lenguaje estuviera en condiciones de reflejar la realidad, si –como generalmente es para el lenguaje burocrático- pretendiera medir y prescribir. Pero no ocurre de ese modo. Purtill pone especial cuidado en destacar las relaciones entre burocracia y lenguaje (“la importante implicación de este tipo de cosas es el efecto que tienen sobre la función del lenguaje, y en verdad sobre lo que realmente significa usar el lenguaje” [Purtill, 2017, p. 176]), y en señalar que el complejo esquema de incentivos que atraviesa los subsistemas sociales involucrados (comunidades aborígenes, *staff* técnico - profesional, estamentos administrativos), plantea un dilema procustiano: o se adapta el lenguaje a la realidad, o se adapta la realidad al lenguaje. Si se desea mantener el *status quo*, parece claro que la segunda alternativa será la favorecida: “Se espera que el *staff* y otros participantes se acoten a un vocabulario regional de dichos aceptables [*acceptable*

sayables]” (Purtill, 2017, p. 176). En otras palabras: en sus comunicaciones y reglamentaciones, el lenguaje burocrático vela o subvierte la realidad, produciendo “verdades regionales” (Purtill, 2017, p. 168), y facilitando la construcción de “seudo - hechos”. Así, en el lenguaje al uso en la región de Ngaanyatjarra resulta necesario realizar traducciones como las siguientes:

Cuando se dice: “El miembro del *staff*, F., será responsable de... y de asegurarse de que...

Podría significar: “El miembro del *staff*, F., trabaja muy poco, como cualquier otro miembro de la comunidad podría confirmar, y de hecho a menudo causa problemas a otros miembros del *staff*. Pero es difícil hacer algo al respecto, porque F. tiene contactos con varios partidos poderosos” (comillas y bastardillas del autor) (Purtill, 2017, p. 174)

Habrá que advertir, llegados a este punto, que en esta consideración acerca de las relaciones entre poder y lenguaje que se verifican en los universos de Moscovici no se trata de hacer juicios de valor. No tendría sentido afirmar aquí que el universo consensual es preferible (desde el punto de vista moral o axiológico) al universo reificado. Basta asumir que –en tanto “espacios desde los cuales hablamos” (Silva Souza, 2020, p. 11.6)- están efectivamente presentes, que su existencia es necesaria, y que son una muestra de cómo el poder se incardina en las relaciones y vínculos que se establecen en nuestras sociedades. Ciertamente, los ejemplos que hemos citado convienen a situaciones extremas, que enseñan una suerte de teratología de las relaciones entre poder y lenguaje. Y, por supuesto, respecto de la violencia totalitaria - en la que se atenta contra la misma dignidad humana- es absolutamente claro que sí sería pertinente la emisión de juicios de valor. Pero en el escenario más pacífico, diríamos, de la vida cotidiana, lo que solemos ver es una relación dialéctica entre los dos universos, que se apoya en el conflicto entre la naturaleza dúctil del significado que impera en uno de ellos y el fijismo que campea en el otro. Y todo esto es, tenemos que repetirlo, sólo un aspecto parcial de las complejas relaciones entre poder y lenguaje. El tema se presta para múltiples derivaciones, pero queremos mantenernos en este argumento: las relaciones entre poder y lenguaje se expresan –entre muchas otras cosas- en el potencial del universo reificado para producir discursos monológicos (“autorizados”), petrificar el carácter dinámico del significado, e impactar, de este modo, en la dinámica dúctil, igualitaria y fluida del universo consensual. Hemos dicho que la pregunta por el posicionamiento del sujeto respecto del poder, cuando se formula sobre el plano del lenguaje, tiene una de sus respuestas en la distinción moscoviciana entre universo consensual y reificado. También dijimos que la diferencia entre esos dos universos no es el dominio jurisdiccional sobre un tipo de conocimiento particular, sino el tipo de procesos (lingüísticos, sociales) que se establecen en cada uno de ellos. Y sostuvimos, finalmente, que cada universo respalda diferentes posicionamientos subjetivos. Por eso, nos parece claro que interrogarse: ¿desde dónde habla el sujeto? (Silva Souza, 2020) remite a la cuestión del poder. Creemos que este extremo se verifica tanto en el discurso cotidiano del universo consensual como en el discurso legal, burocrático o administrativo del universo reificado. El enfrentamiento que Moscovici parece tener en mente cuando afirma que, en referencia a la alienación o los abusos de la burocracia, existe “un universo reificado que confronta a un ser humano que habita un universo consensual” (Moscovici, 1988, p. 233), señala, evidentemente, hacia relaciones sociales atravesadas por la materialidad del poder. Es necesario preguntarnos por qué y cómo en las representaciones se reflejan relaciones de poder

reveladas en el modo en que las personas conversan –o, para usar la expresión de Moscovici, “piensan en voz alta” (Moscovici, 1988).

Heteroglosia y representaciones sociales

Más arriba decíamos que ante nuestra vista surgen dos problemas que tocan al tema de este artículo. El primero (las relaciones entre poder y lenguaje) lo acabamos de explorar; el segundo (el de los tipos o géneros del lenguaje) lo abordaremos ahora. Ambos están conectados. Es decir: desde el mismo momento en que los dos universos propuestos por Moscovici significan “dos modos de hablar” o de construir el lenguaje, o dos “tipos ideales” comunicativos (Batel y Castro, 2009) (esto es: conversaciones *versus* monólogos, lo dialógico *versus* lo monológico), podría pensarse que el lenguaje posee dos registros o géneros. Resulta interesante advertir la articulación entre la propuesta moscoviciana y algunos conceptos de Mikhail Bakhtin. En efecto, en el extenso ensayo “El discurso en la novela” el lingüista soviético fija posición respecto de dos tipos de discurso: el discurso interiormente persuasivo [*internally persuasive discourse*] y el discurso autoritativo (Bakhtin, 1981, p. 342). Interesa a Bakhtin analizar el papel del discurso en el desarrollo ideológico del sujeto (entendido el término “ideología” en el sentido -más general, y menos político- de “sistema de ideas” [Roberts, 1995]); en este desarrollo el lenguaje juega un rol esencial, porque “... la persona hablante es (...) un ideólogo, y sus palabras son siempre ideologemas” (Bakhtin, 1981, p. 333). De aquí que para Bakhtin sea importante comprender cómo el sujeto (Ego) asimila el discurso del otro (Alter), porque ese discurso determina “la misma base de nuestra conducta” (Bakhtin, 1981, p. 342). Para Bakhtin –y creemos que es posible notar, en esto, afinidad con Moscovici- los discursos pertenecen a dos ámbitos. En uno de ellos –el de la “vida real”, aclara Bakhtin (1981, p. 338)- la gente habla de lo que hablan los otros; es un mundo en el que

...si pudiéramos escuchar a hurtadillas los fragmentos de conversación, tal como se desarrollan naturalmente en la calle, en la multitud, en una fila, en los salones, veríamos cuán a menudo se repiten las palabras “él dice”, “la gente dice”, “él dijo...”, y en el batifondo conversacional de la multitud, a menudo todo se resume en un enorme “él dice... tú dices... yo digo...” (comillas del autor) (Bakhtin, 1981, p. 338)

En el otro, por el contrario, prima un lenguaje “...único y unitario, uno que no reconoce otros lenguajes a su lado” (Bakhtin, 1981, p. 336). El primer ámbito corresponde al discurso interiormente persuasivo; el segundo, al discurso autoritativo. ¿Cómo asimila, entonces, Ego el discurso de Alter? En el discurso interiormente persuasivo –que nos recuerda el universo consensual de Moscovici- a través del diálogo, porque “en el terreno cotidiano de nuestra conciencia, la palabra interiormente persuasiva es mitad nuestra y mitad de otro” (Bakhtin, 1981, p. 345). Se trata, por ello, de una palabra creativa y productiva. En el discurso autoritativo –que sugiere una correspondencia con el universo reificado-, esa asimilación se produce a través de la imposición, porque ese discurso “demanda que lo reconozcamos y que lo hagamos propio” (Bakhtin, 1981, p. 342). No es un discurso que pueda ser representado, debatido, glosado o transformado, sino sólo transmitido. Todo esto vuelve a colocar al lenguaje en relación con el poder. Pero es necesario considerar, ahora, el carácter dicotómico de las proposiciones de Moscovici y Bakhtin. ¿Es que sólo dos discursos –o universos- son posibles? Acompañamos a Moscovici en la distinción entre universo consensual y universo reificado, y entendemos que es pertinente agregar que esa distinción se basa en dos

modos de construcción del sentido (a través del diálogo o a través del monólogo). Pero también nos parece razonable asumir que dentro de los universos existen diferentes tipos de lenguaje –cada uno de ellos con sus reglas de constitución, estructuras semánticas, acervos léxicos, y estilos. El lenguaje burocrático y el lenguaje teológico forman, es verdad, parte del universo reificado, pero son muy diferentes. Posee cada uno su propósito, su campo objetual, sus giros y tropos, su lógica peculiar, su tono, sus condicionamientos históricos, sociales, políticos. Es verdad que en ellos podemos colegir un parecido de familia –especialmente visible en el modo en que, en tanto lenguajes reificados, reclaman para sí la prerrogativa de “prescribir, en cada caso, qué es y qué no es verdad” (Moscovici, 1981, p. 186)-, pero en casi todo lo demás suelen ser diferentes. Lo mismo podríamos decir de lenguajes específicos dentro del espacio del universo consensual: tanto en el café como en la fila del bus o las redes sociales el significado es producto de diálogos y negociaciones, pero en el resto –su retórica, sus inflexiones, sus hilos argumentales- son distintos. Similar argumento podría plantearse respecto de la tesis bakhtiniana: el discurso autoritativo no es homogéneo, porque se despliega en ámbitos en los que adopta morfologías peculiares –el dogma religioso, la verdad científica, el dogma político-ideológico (Dentith, 1995). Tampoco lo es el discurso interiormente persuasivo, que tiene lugar en campos estilísticos tan diversos como los que se pueden encontrar en “la calle, en la multitud, en una fila, en los salones...”. Entonces, ¿es que sólo dos discursos o universos son posibles? Nosotros responderíamos la pregunta de esta manera: estamos de acuerdo con Bakhtin y Moscovici en cuanto al carácter dicotómico de los universos y los discursos, a condición de asumir que es necesario integrar en este esquema otro concepto seminal: el de género. Dentro de los universos consensual y reificado -y al interior, también, de los discursos autoritativo e interiormente persuasivo- existen múltiples géneros discursivos. ¿Qué son estos géneros? Dice Bakhtin que los enunciados son individuales – es decir, son proferidos por personas-, pero cada escenario en que el lenguaje es utilizado desarrolla sus propios enunciados relativamente estables (Bakhtin, 1986). Estos escenarios son los géneros discursivos [*speech genres*]. Y remarca:

La riqueza y diversidad de los géneros discursivos son ilimitados, porque las variadas posibilidades de la actividad humana son inagotables, y porque cada esfera de actividad contiene un repertorio entero de géneros discursivos que se diferencia y crece a medida en que esa particular esfera se desarrolla y se vuelve más compleja. Habría que enfatizar la extrema *heterogeneidad* de los géneros discursivos (orales y escritos) (bastardillas del autor) (Bakhtin, 1986, p. 60)

Desde este punto de vista, habría que considerar géneros discursivos -así parece sugerir Bakhtin- a las breves interjecciones del diálogo cotidiano, las narraciones, la escritura (en sus diversas formas y reglas estilísticas), las órdenes militares, las instrucciones técnicas, los documentos de negocios, los comentarios, los enunciados científicos, los géneros literarios, etcétera. En función de ello, podríamos tener por cierto que los distintos géneros discursivos están ligados a diferentes espacios de vida. También existe una conexión íntima entre un género discursivo y los estilos que le son propios. Una función lingüística particular (científica, técnica, política, cotidiana, comercial, etcétera), y las condiciones de habla de cada espacio social “dan origen a géneros particulares, esto es, ciertos tipos de enunciados con elementos temáticos, composicionales y estilísticos relativamente estables” (Bakhtin, 1986, p. 64). Bakhtin nos proporciona, entonces, un elemento faltante en la visión de Moscovici, y es el que permite discernir, al interior de los discursos y universos, un campo de multiplicidades determinadas por los

géneros discursivos. Para Bakhtin, la heterogeneidad de estos géneros corresponde a la diversidad de espacios vitales que caracteriza la existencia social. La aparentemente ilimitada capacidad para producir inflexiones en el discurso corre pareja con nuestra habilidad para desenvolvemos en un conjunto de espacios sociales determinados, y cambiar de registro cuando es necesario (competencia que se echa de menos cuando se aprende una segunda lengua, porque asimilar una estructura gramatical no es condición suficiente para habilitar las performances sociales que se manifiestan en el manejo de los diferentes géneros). Bakhtin acuña el concepto de heteroglosia, un término que quiere dar cuenta de esta multiplicidad de lenguajes de los que se sirven, en un tiempo y lugar determinado, los usuarios de una lengua (Dentith, 1995; Marková, 2003). El lenguaje es un campo de fuerzas en el cual chocan tendencias centrípetas (hacia la unidad) y tendencias centrífugas (hacia la multiplicidad): la misma presencia de los géneros discursivos –que “brotan de su enraizamiento en situaciones locales específicas” (Marková, 2003, p. 197)- es la expresión de esta dialéctica entre lo unitario y lo diverso. En efecto: cualquier enunciado cumple no sólo los requerimientos de su propio lenguaje (es decir, pertenece a un “lenguaje nacional”), sino también, y simultáneamente, los de la heteroglosia (es decir, pertenece a un “dialecto social” [Bakhtin, 1981, p. 262]). La idea de heteroglosia revela una percepción del lenguaje como algo ideológicamente saturado y estratificado (Morris, 1994) en géneros. Es una idea que nos remite a ese coro multivocal que, como telón de fondo, contempla el diálogo entre Ego y Alter. También es una idea próxima a la de las terceras partes: “En Bakhtin, la idea de las terceras partes es un aspecto de la heteroglosia” (Marková, 2006, p. 134). En suma, el concepto de heteroglosia es inseparable de la idea de multiplicidad de géneros discursivos (Petkova, 2005). Ahora bien: ¿sería, quizás, demasiado osado dar un paso más, y proponer que cada uno de estos géneros de lenguaje referencia un mundo de la vida? Es que, bien mirado, nada debería impedirnos hablar de “mundos” de la vida en plural, porque lo que caracteriza un mundo de la vida es una determinada configuración de la tríada lingüístico - epistémica Ego – Alter – Objeto. En los universos moscovicianos y bakhtinianos se construye sentido, pero –ya lo advertimos- se lo hace de diferente modo. En los mundos que los integran se actualizan múltiples estructuras de articulación del “para mí” y el “para otros”. Los mundos de la vida del universo reificado y el discurso autoritativo se caracterizan por un lenguaje principalmente monológico, en el que Alter impone a Ego su significado (el “para mí” se inclina ante el “para otros”); los mundos de la vida del universo consensual y del discurso interiormente persuasivo, por el contrario, tienden a desarrollar un lenguaje dialógico, en el que Ego y Alter negocian el significado (los distintos “para mí” intercambian, debaten, conversan). Desde este punto de vista, no habría -permítasenos insistir en la idea- dos lenguajes, delimitados por el carácter que adoptan frente a la construcción del significado, sino múltiples géneros discursivos, cada uno en referencia a un mundo de la vida. El mismo Bakhtin habla de “mundos”. Por supuesto, sería aventurado dar por sentado sin más que Husserl y Bakhtin se están refiriendo a la misma cosa, toda vez que Bakhtin no define el sentido en que utiliza la expresión “mundo”. Tampoco nos toca aquí despejar las complejas articulaciones entre estos dos profundos pensadores. Pero de aquella omisión, y del contexto en que aparece mencionado el concepto en los escritos del sabio ruso, puede razonablemente asumirse una cierta conexión. Por ejemplo, en “El discurso en la novela” Bakhtin se refiere al lenguaje como “una visión del mundo” (Bakhtin, 1981, p. 271), y en las páginas de este ensayo pueden leerse las siguientes líneas: “... todos los lenguajes de la heteroglosia (...) son formas de conceptualizar el

mundo en palabras, visiones específicas del mundo, cada una caracterizada por sus propios objetos, significados y valores” (Bakhtin, 1981, p. 292).

Es momento de rescatar los planos argumentativos que venimos desarrollando, y de articularlos con la idea de representaciones sociales. Ahora corresponde indicar de qué modo la heteroglosia se relaciona con la construcción de las representaciones sociales, y decir algo sobre la relación entre polifasia cognitiva y heteroglosia. Es necesario que consideremos las dos dimensiones que acabamos de presentar: la dimensión del vínculo entre poder y lenguaje y la dimensión de la pluralidad o multiplicidad de lenguajes. Podríamos decir que las representaciones son, en el lenguaje, un reflejo de estas dos dimensiones. De acuerdo a la teoría, lo que sabemos –el conocimiento de sentido común que construimos para hacer familiar el mundo- es producto de la dinámica de la tríada epistémica Ego – Alter – Objeto. Ego y Alter –en la tensión de su lucha por el reconocimiento- dialogan sobre el Objeto, y generan un saber que, por su naturaleza, es social. Este saber estará marcado por la realidad material del poder, porque ha sido producido en el marco de relaciones en las que la autoridad aparece distribuida, bien de modo desigual (universo reificado de Moscovici, discurso autoritativo de Bakhtin), bien de modo equitativo (universo consensual de Moscovici, discurso interiormente persuasivo de Bakhtin). Sin embargo, hemos desestimado la posibilidad de pensar esta cuestión en términos esquemáticos, y la consideración del concepto bakhtiniano de géneros discursivos introdujo la multiplicidad en un esquema previamente dicotómico. A la dimensión del poder, entonces, es necesario añadir ahora la dimensión de la heterogeneidad, porque Ego y Alter no son entidades abstractas, sino que se manifiestan en una diversidad de espacios sociales concretos o mundos de la vida (una clase social, una profesión, una etapa psicoevolutiva, una colectividad, una institución, etcétera) que se expresan en múltiples dialectos sociales. Así, la heteroglosia –la coexistencia de distintos géneros discursivos- es una condición de generación de las representaciones, pero también uno de sus productos:

Tanto las representaciones sociales como los géneros comunicativos pueden ser caracterizados como organizaciones dialógicamente definidas de conocimiento de sentido común y lenguaje (...). Las representaciones sociales, en tanto un tipo de pensamiento social, se expresan a través de la comunicación simbólica. Los géneros comunicativos, a su vez, tienen en las representaciones sociales sus presupuestos pragmáticos. Las representaciones sociales dan forma a los géneros comunicativos, y los géneros comunicativos dan forma a las representaciones: son mutuamente interdependientes. (Marková, 2000, p. 455)

En otras palabras, los géneros discursivos estructuran el pensamiento, y el pensamiento estructura los géneros discursivos. Y si el espacio de construcción de las representaciones sociales es la relación Ego – Alter, las representaciones no pueden en modo alguno estar ajenas ni a la polifasia ni a la heteroglosia, porque “... en cualquier diálogo debemos presuponer la presencia de polifasia y heteroglosia. Más aún, debiéramos suponer la coexistencia de diferentes estilos de pensamiento y la copresencia de diferentes voces en comunicación” (Marková, 2003, p. 161). Ello equivale a suponer, de acuerdo al argumento que estamos sosteniendo, la coexistencia y la copresencia de distintos mundos de la vida.

Conclusiones

Para finalizar este artículo, nos resta hacer una aclaración respecto de un tema mencionado al principio. Decíamos más arriba que no era razonable suponer que las representaciones sociales fuesen un producto exclusivo de la era moderna. Por un lado,

es cierto que las condiciones sociohistóricas propias de la Modernidad configuraron un escenario de privilegio para estudiar el surgimiento de las representaciones sociales. Ya hemos mencionado el papel de la ciencia en la era moderna, y también hemos visto cómo las representaciones surgen en el contacto entre el saber científico y el saber de sentido común. Pero luego hemos indagado en condicionantes que parecen posicionarse en una perspectiva que llamaríamos transepocal. La sociedad actual está atravesada por múltiples saberes, dentro de los cuales se encuentra, por supuesto, el saber científico. Sin embargo, las representaciones sociales parecen deberse a algo que está más allá de la mera tipificación de un saber: antes bien, al hecho, siempre constatable, del poder y sus efectos en las relaciones humanas, y al carácter plural del lenguaje. Los universos – en la visión del psicólogo Moscovici- y los discursos –para el lingüista Bakhtin- expresan esta visión: es en la dialéctica continua e inacabable entre lo rígido y lo fluido, lo canónico y lo profano, lo jerárquico y lo anárquico, lo dialógico y lo monológico, lo uno y lo múltiple, que cristalizan las representaciones sociales. Ellas hacen familiar el mundo a través de su construcción: esos mundos de lenguaje que diariamente habitamos y co-construimos a través de las conversaciones.

La relación de las representaciones sociales y el proceso lingüístico de su construcción es un tema complejo, al cual hemos aportado sólo con una pincelada superficial. Más esfuerzos de investigación hacen falta para echar luz sobre el problema. La principal contribución de este artículo es haber dado foco a un aspecto particular de él. Mostramos, primero, que el proceso de formación de las representaciones es dialéctico: no es una cognición que el sujeto forma como mónada. Antes bien, el ser de las representaciones depende de la oposición, la dualidad y el conflicto. El paradigma moscoviciano de esta dialéctica es el par conocimiento científico *versus* conocimiento de sentido común. Sin embargo, propusimos que éste es un esquema general que podría aplicarse cada vez que un campo discursivo definido por la horizontalidad y el diálogo (lo consensual) se opone a otro, definido por la verticalidad y el monólogo (lo reificado). En segundo lugar, señalamos que la dialéctica de los universos remite a lugares de enunciación que se definen en función de su gradiente de poder. Nos formulamos la pregunta: ¿desde qué lugar hablan los sujetos cuando hablan? En términos del universo reificado, señalamos que esos lugares de enunciación se encarnan en instituciones, cuya lógica de funcionamiento se encuentra en las antípodas de la que se verifica “en la calle, en la multitud, en una fila, en los salones” (Bakhtin, 1981, p. 338). Las instituciones –al igual que las cosas según Spinoza- se esfuerzan en perseverar en su ser, y para lograrlo establecen –y defienden- cánones y versiones fijistas de la porción de realidad social que les toca custodiar. En particular, se esmeran en controlar (y a veces imponer) un lenguaje: es lo que procuramos mostrar con el ejemplo de la *Lingua Tertium Imperii* (Klemperer, 2001), el cartel en la frutería (Havel [1978] 2013) y el lenguaje burocrático (Purtill, 2017). En tercer lugar, a partir de la articulación entre los universos de Moscovici y los discursos de Bakhtin mostramos cómo dar el salto desde los grupos sociales o instituciones a los géneros discursivos. Planteamos que la heterogeneidad de géneros discursivos refleja la heterogeneidad de los espacios vitales de la existencia social, y ligamos, así, el lenguaje con el mundo. Propusimos que la heteroglosia es la condición de la existencia de las representaciones sociales, pero también que la heteroglosia es producto de las mismas representaciones. Pretendemos, con todo esto, haber dado una respuesta –provisoria, quizás, pero fundamentada- a la pregunta que dio origen al artículo: ¿cómo es la “fábrica de representaciones sociales” que depende del lenguaje y las conversaciones?

Referencias

- Abric, J. - C. (2001a). Las representaciones sociales: aspectos teóricos. En J. - C. Abric (Dir.) *Prácticas sociales y representaciones* (pp. 3 – 17). México: Coyoacán.
- Bakhtin, M. (1981). *The dialogic imagination. Four essays*. Austin: University of Texas.
- Bakhtin, M. (1986). *Speech genres and other late essays*. Austin: University of Texas.
- Bangerter, A. (1995). Rethinking the relation between science and common sense: a comment on the current state of SR theory. *Papers on Social Representations*, 4 (1) 1 – 18.
- Batel, S. y Castro, P. (2009). A social representations approach to the communication between different spheres: an analysis of the impact of two discursive formats. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 39 (4) 415 – 433.
- Blackwell, V. (1967). The Memorandum by Vaclav Havel. *The Tulane Drama Review*, 11 (3) 121 – 162.
- Carroll, L. ([1871] 2015). *Alicia a través del espejo*. Madrid: Edelvives.
- Dentith, S. (1995). *Bakhtinian thought. An introductory reader*. Londres: Routledge.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Havel, V. ([1978] 2013). *El poder de los sin poder y otros escritos*. Madrid: Encuentro.
- Howarth, C. (2006). A social representation is not a quiet thing: exploring the critical potential of social representations theory. *British Journal of Social Psychology*, 45 (1) 65 – 86.
- Husserl, E. ([1936] 2008). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Buenos Aires: Prometeo.
- Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En S. Moscovici (Ed.), *Psicología Social II: Pensamiento y vida social* (pp. 469 – 494). Barcelona: Paidós.
- Jovchelovitch, S. (2019). *Knowledge in context: representations, community and culture*. Nueva York: Routledge.
- Klemperer, V. (2001). *LTI. Apuntes de un filólogo*. Barcelona: Minúscula.
- Manent, P. (2003). *Curso de filosofía política*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Marková, I. (2000). Amédée or how to get rid of it: social representations from a dialogical perspective. *Culture & Psychology*, 6 (4) 419 – 460.
- Marková, I. (2003). *Dialogicality and social representations. The dynamics of mind*. Londres: Cambridge University Press.
- Marková, I. (2006). On ‘the inner Alter’ in dialogue. *International Journal for Dialogical Science*, 1 (1) 125 – 147.
- Montero, F. (1994). *Mundo y vida en la fenomenología de Husserl*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Morris, P. (1995). Introduction. En P. Morris (Ed.) *The Bakhtin reader: selected writings of Bakhtin, Medvedev, Voloshinov* (pp. 1 – 24). Londres: Arnold.
- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Huemul.
- Moscovici, S. (1981). On social representations. En J. Forgas (Ed.) *Social cognition. Perspectives on everyday understanding* (pp. 181 - 209). Londres: Academic Press.
- Moscovici, S. (1982). The coming era of representations. En J. - P. Codol y J. - P. Leyens (Eds.) *Cognitive approaches to social Behavior* (pp. 115 – 150). La Haya: M. Nijhoff.
- Moscovici, S. (1984). The phenomenon of social representations. En R. Farr y S. Moscovici (Eds.) *Social representations* (pp. 3 – 69). Cambridge: University Press.

- Moscovici, S. (1987). Answers and questions. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 17, 513 – 529.
- Moscovici, S. (1988). Notes towards a description of social representations. *European Journal of Social Psychology*, 18, 211 – 250.
- Moscovici, S. (1998). The history and actuality of social representations. En U. Flick (Ed.) *The psychology of the social* (pp.209 - 247). Cambridge: Cambridge University Press.
- Moscovici, S. (2000). *Social representations. Explorations in social psychology*. Cambridge: Polity Press.
- Moscovici, S. y Marková, I. (2000). Ideas and their development: a dialogue between Serge Moscovici and Ivana Marková. En S. Moscovici, *Social representations* (pp. 224 – 286). Londres: Polity Press.
- Petkova, S. (2005). Mikhail Bakhtin: a justification of literature. *Stanford's Student Journal of Russian, East European and Eurasian Studies*, 1, 1 – 12.
- Provencher, C., Arthi y Wagner, W. (2012). Cognitive polyphasia: introductory article. *Papers on Social Representations*, 21, 1.1.- 1.15.
- Purkhardt, S. (2015). *Transforming social representations. A social psychology of common sense and science*. Londres: Psychology Press.
- Purtill, T. (2017). *The dystopia in the desert. The silent culture of Australia's remotest aboriginal communities*. Victoria: Australian Scholarly.
- Roberts, G. (1995). A glossary of key terms. En P. Morris (Ed.) *The Bakhtin reader: selected writings of Bakhtin, Medvedev, Voloshinov* (pp. 245 – 252). Londres: Arnold.
- Silva Souza, L. (2020). Places from which we speak: The concepts of consensual and reified universes and the interpretation of the outcomes obtained with ALCESTE and IRAMUTEQ. *Papers on Social Representations*, 29 (2) 11.1 - 11.25.
- Studer, P. (2013). In dialogue with Ivana Marková: linguistics and social representations. En E. Barat, P. Studer y Nekvapil, J. (Eds.) *Ideological conceptualizations of language: discourses of linguistic diversity* (pp. 249 – 278). Frankfurt am Main: Peter Lang.
- Trensky, P. (1969). Vaclav Havel and the language of the absurd. *The Slavic and East European Journal*, 13 (1) 42 – 65.
- Wagner, W. (1998). Social representations and beyond: brute facts, symbolic coping and domesticated worlds. *Culture & Psychology*, 4 (3) 297 – 329.

Notas

¹ Doctor en Humanidades y Artes (Universidad Nacional de Rosario). Profesor Adjunto de Psicología de la Educación en la Facultad de Humanidades (Universidad Nacional de Mar del Plata). molinari@mdp.edu.ar